

La pintura siempre avanza hacia varias direcciones. Sin detener su actividad, advierte de su condición versátil, nos revela a cada paso ese estado de alerta que permite sustentar la sospecha de su perpetuidad. Su espacio pertenece al dominio de lo inconcluso, ese lugar donde la plástica revisa y reformula su lenguaje para liberarse del encorsetamiento de la tradición. Para quebrar los límites. Lo advertimos en el trabajo de Almudena Fernández Fariña, una obra que se desliza entre los márgenes para acercar nuevos planteamientos plásticos, abriendo camino a una estética ligada al contexto en el que se inscribe. Sus propuestas atienden a un interés pictórico que rebasa la frontera del lienzo, se trata de un distanciamiento consciente de los preceptos clásicos, un abandono prematuro del soporte que lleva a la artista a enfrentarse no solo con el material, sino también con el peso de la historia.

Su obra abraza el misterio de lo indeterminado. Se sitúa en lo ambiguo y en lo incómodo, propone una mirada tensa. El arte es ahora una estrategia, una suerte de engaño visual donde conviven disciplinas aparentemente irreconciliables que Almudena Fernández orienta hacia la esfera del diseño, el dibujo y la ornamentación. La artista recoge el testigo de la tradición textil para trasladarla desde lo pictórico al terreno del arte, ensalzando y dignificando su presencia. El diseño no desempeña ahora la función establecida y rígida de elemento decorativo, los motivos se reproducen en trama hasta multiplicarse, hasta difuminar su significado inicial forzándose a dialogar desde lo artístico. Se produce una metamorfosis. La imagen persigue la contaminación entre disciplinas, ese lugar donde se desdibujan con acierto las fórmulas arcaicas y se perfilan nuevos retos perceptivos. Si por una parte su obra alude a una estética dulcificada y suave, las grandes dimensiones que suelen protagonizar sus intervenciones *site specific* reproducen la necesidad de integrarse en la obra, de habitarla. Cuando la pintura ocupa las tres dimensiones, la reacción ante la imagen se vuelve corporal, exige inmiscuirse entre las líneas, dibujar el recorrido de la pincelada y detenerse a advertir la imprecisión como elemento intrínseco a la obra. Al contrario de lo que pueda parecer tras una mirada breve, la artista rechaza la perfección técnica, se resiste a perfilar el detalle reclamando el error como parte del proceso. De factura rítmica y disciplinada, su pintura deja intuir la huella del pincel, el rastro de un movimiento de muñeca continuo, irrefrenable, que se extiende obstinado bajo un mismo patrón a lo largo del muro, que se asoma al rigor matemático para después desdibujarse. Como sucede en *Encaje*, en ocasiones la pieza se distancia conscientemente de la estética del lugar para posicionarse en la dirección opuesta, estableciendo un equilibrio entre la arquitectura fría e imponente del museo y un dibujo delicado y leve, que se modela al pulso ágil de la artista y nos conduce a percibir el espacio desde una nueva óptica.

Como una continua paradoja que delimita y tensa la noción de pintura, Almudena Fernández compone sus imágenes jugando a corromper los límites para establecer relaciones a priori enfrentadas. Podríamos decir que la pintura manda, que dirige su propia transformación en función de las condiciones específicas del espacio y no de modelos instaurados. Se trata sin embargo, de un proceso lento y analizado que se inicia primero mentalmente para después proyectarse en el soporte. Almudena Fernández se aproxima silenciosa al lugar donde instalará su obra para rastrear su historia, su contenido, su estética. Su mirada pasea inquisitiva, ansiosa. Este primer acercamiento al trabajo se resuelve a modo de exploración metódica y precisa, nos habla de las cualidades pictóricas del material, que nunca es seleccionado de modo aleatorio. Más bien podríamos aludir a un proceso alquímico, casi de laboratorio, donde la artista investiga y fuerza nuevas relaciones entre materiales para hallar la textura precisa. Más adelante se produce lo ambiguo, la pintura revela su corporeidad para mecerse entre lo abstracto y lo figurativo, para integrar sin vacilar sus impresiones. Se trata de proyectos efímeros que irrumpen con su presencia para después desvanecerse. Pero algo nos alerta de una energía invisible e incómoda a la vez, como un espectro que habita en la memoria del lugar, que permanece latente, suspendido en estado de pausa a la espera de ser nuevamente interrogado.

Sara Donoso

Crítica y comisaria de exposiciones

Graduada en Bellas Artes por la Universidad de Vigo, 2011

Máster en Arte, Museología y Crítica Contemporáneas, Universidad de Santiago de Compostela, 2012